

# “Experiencia Franciscana en Hispanoamérica”

J. García Oro

*Universidad de Santiago de Compostela (España)*

Para entender los propósitos de este nuevo libro del padre Gómez Canedo \* conviene parar la atención, desde un principio, en el subtítulo. No se trata de un estudio paralelo de la evangelización y la conquista de América, ni siquiera de los problemas que enfrentaron, en ocasiones, a los dos procesos. El autor pretende mostrar cómo al lado de la conquista militar y política avanzó la evangelización y conquista espiritual. Como ejemplo de esta última nos ofrece —principal aunque no exclusivamente— la obra de los franciscanos, quienes a más de haber sido los primeros misioneros en vastas regiones de América, constituyeron siempre el grupo mayoritario. En el libro se estudian los orígenes de la evangelización en las Antillas, la organización de los franciscanos en América, su política indigenista y sus métodos misionales. En el curso de esta exposición abundan, por supuesto, las referencias a la labor misionera en general y también a la marcha de la conquista y colonización político-militares. Una amplia selección de documentos relativos a estos temas compeltan la obra y acrecientan notablemente su valor.

La parte expositiva consta de cuatro capítulos, distribuidos en la siguiente forma: orígenes franciscanos (p. 1-22); organización franciscano-americana (23-62); política indigenista (63-145); métodos y medios de evangelización (147-214). El apéndice documental contiene treinta y tres piezas antológicas y varios apartados de tema biográfico e institucional, tales como listas completas de los comisarios generales de Indias, y de los comisarios generales de la Nueva España y del Perú. En conjunto, un sobrio repertorio que permite hacer personalmente la “experiencia franciscana” en Hispanoamérica. Acompañemos brevemente a Gómez Canedo en su derrotero americano, explorado primero en sus minúsculas parcelas y ahora recompuesto en panorama unitario.

Hay un encuadre previo, inevitable: las instituciones franciscanas, siempre elementales, flexibles y fluidas, en ininterrumpido reajuste reformista, que nunca fuerzan a asumir tesis corporativas y oficiales irrenunciables; la normativa canónica y los criterios pastorales considerablemente homogeneizados en sentido diocesano después del Tridentino; los imperativos político-eclesiásticos del Real Patronato, siempre presentes y rígidos en línea teórica, pero bastante acomodaticios en la circunstancia americana; el marco geográfico y cronológico, siempre determinante pero también propiciador de diversidades originales.

Se imponía igualmente la referencia matizada a las fuentes, tema tan familiar al autor. Es cierto que el historiador puede sentirse afortunado en este campo. Los misioneros hicieron historia y la escribieron. Fue una exigencia directa del aliento escatológico con que penetraron en el ambiente indígena. Toda una rica y polícroma literatura testimonial ha goteado incesantemente de sus plumas. Los lectores cultos conocen y aprecian la riqueza informativa de Motolinía,

Mendieta, Torquemada, Sahagún, etc., aunque no tanto la no menos matizada de los directorios misioneros, como el de Focher, los numerosos memoriales elevados a las autoridades civiles y eclesiásticas, y las relaciones provinciales, a base de las cuales fue elaborada en el último cuarto del siglo XVI una historia general de los franciscanos en el Nuevo Mundo, bajo el empuje del ministro general de la Orden, Fr. Francisco Gonzaga (1579-1587). Gómez Canedo ha demostrado en múltiples trabajos su maestría en el dominio de esta caudalosa historiografía, de la cual brinda aquí la mera sustancia.

Transpuesto este obligado pórtico, nos introduce el autor en la aventura franciscana; su arranque sintomático desde las peculiaridades de la Andalucía franciscana y desde el reformismo cisneriano; los componentes eremítico y carismático que inspiraron aquella iniciativa; y sobre todo el reto misional sentido por la Observancia ultramontana, recogido en los capítulos generales de la segunda mitad del siglo XV, plasmado en las experiencias misionales de las islas atlánticas y las costas africanas, y trasplantado sin dificultad a las Antillas. De este latido misionero nacieron las nuevas "provincias misioneras", de tipo más personal que geográfico, a las que concurrían los religiosos del Vicariato ultramontano sin distinción de nacionalidades o provincias religiosas. No deja de sorprender vivamente este despertar misionero en los albores de la Modernidad: su volumen recientemente esclarecido por Pedro Borges; sus dimensiones europeas estudiadas por el padre Aspurz; su diversificación y arraigo en la polimórfica geografía americana, reiteradamente ilustrada por el propio Gómez Canedo. Los estudios de éste han demostrado especialmente la creatividad de tal movimiento en suelo americano. Desde 1493 operan en las Antillas los ermitaños misioneros, como antes en Canarias; desde 1500 trabaja en la Española (Santo Domingo) un equipo cisneriano que aspira, nada menos, que a crear un nuevo orden en Indias; desde 1505 existe la primera institución franciscana en el Nuevo Mundo, la Provincia de Santa Cruz de las Indias; a partir de 1512 se intenta realizar el ambicioso proyecto —quizá un tanto utópico— de franciscanos dominicos para establecer una misión puramente apostólica para la "conquista pacífica" de la Costa de las Perlas (Cumaná, Venezuela); en 1523 formuló el ministro general franciscano, Fr. Francisco de Quiñones, el nuevo "evangelismo" franciscano, encarnado en los llamados Doce Apóstoles de México, fundadores de la Provincia del Santo Evangelio de la Nueva España, madre de todo un rosario de provincias franciscanas que van surgiendo en el nuevo contingente.

En la temprana fecha de los años veinte puede decirse que la presencia franciscana en América ha encontrado su marco y su estilo. En las Antillas se afirma la Provincia de Santa Cruz de las Indias, colmena de abejas voladoras que saltan sin pausa a las islas y costas del Caribe para establecer nuevos centros de misión. En la Nueva España, la Provincia del Santo Evangelio es foco irradiador y manantial de iniciativas en todas las direcciones. A los pocos años, es el Perú nuevo centro estratégico de expansión, mientras la presencia franciscana en las Antillas va debilitándose y sólo se salva de la crisis extendiéndose a tierras venezolanas. La Orden impulsa su acción misionera, desde principios del siglo XVI, mediante comisarios del ministro general, cuyas sedes definitivas serán las ciudades de México y Lima. En el último tercio del siglo XVI surge el "comisario general de Indias", con sede en Madrid, representante al mismo tiempo de la Orden y de la Corona para el gobierno inmediato de los franciscanos en las tierras ultramarinas. Su cometido principal fue el de organizar sin pausa levadas de misioneros y encaminarlos al Nuevo Mundo, distribuyéndolos allí por las distintas regiones: tarea que por su colosal dimensión temporal y espacial, y por la complicada madeja jurisdiccional en que había de producirse, era ine-

vitiblemente lenta y aristada. Al terminar el siglo, la presencia franciscana era densa y sólida, desde el norte de la Nueva España hasta Chile y el Río de la Plata. Provincias, conventos, misiones y sobre todo miles de frailes estaban presentes en las Indias hispanas, dispuestos a desafiar los topes geográficos americanos y cruzar el Pacífico en busca de nuevas aventuras. Los siglos siguientes traerán la profundización de esta presencia, mediante nuevas misiones y doctrinas, colegios misioneros, reducciones, labor cultural y la consolidación de la extensa red institucional creada en los años fundacionales.

Punto medular en la obra del padre Gómez Canedo es el tema de la mentalidad y labor indigenistas de los misioneros. Los franciscanos iniciaron su camino americano con optimismo e ingenuidad receptiva. En las Antillas y la Nueva España proclamaron con euforia las posibilidades humanas y cristianas del indio, propiciando la amalgama de lo hispano y de lo indígena y proclamando la condición libre del indio frente a los sistemas señoriales trasplantados de Europa. En consecuencia, creyeron en la posibilidad de la evangelización pacífica de los naturales. La ensayaron con varia fortuna en algunas partes (Cumaná, Tampico, Nuevo México, Jalisco, Chile...) perseverando en esta actitud incluso ante el curso contrario de los hechos: todavía en 1632 declaraban que "evangelizar sin gente armada es costumbre antigua de nuestros frailes en Indias, a imitación de los Apóstoles". De hecho, estos utópicos oasis evangélicos sólo en casos contados, y en forma muy recortada, llegaron a cristalizar en la práctica. Pero la lucha de los misioneros por implantar tales métodos apostólicos fue incesante y no dejó de obtener notables resultados. Sus memoriales, dictámenes teológicos individuales y colectivos, participación en asambleas, sínodos y concilios, influyeron en forma decisiva en el logro de los hitos legislativos humanizadores que suponen las Leyes de Burgos (1512-13), las Ordenanzas de Granada (1526), las Leyes Nuevas (1542-43) y las Ordenanzas sobre nuevos descubrimientos y poblaciones de 1573. Con ello se llegó, si no a la evangelización puramente apostólica, a un sistema que se le aproximaba mucho. A través del muestrario documental que nos ofrece el autor, vibra la conciencia de los misioneros que supieron ser la voz y el grito de los "derechos humanos" amenazados, siglos antes de su formulación y promulgación.

Pero la presencia de los misioneros en tierras americanas tenía una meta primaria: la cristianización de los indígenas. Plantar la Iglesia era, en primer lugar, catequizar y capacitar para la vida sacramental. Y los misioneros supieron hacerlo desde la misma realidad indígena: en las lenguas indígenas, con catequistas indios y apoyo de los caciques, con nuevos hábitos sociales superadores de las formas mágicas e idolátricas, con intensa acción asistencial y cultural que se tradujo en hospitales, escuelas, cofradías, y en el desarrollo de un estilo teatral, musical y plástico, bien resaltados por una copiosa historiografía de nuestros días. Una compleja e inacabable tarea esta de la promoción social indígena o "policía cristiana", en la que abruma la cantidad y la calidad, pero donde hubo que superar, sobre todo, la conflictividad civil y eclesiástica, con sus ininterrumpidas resonancias en la Corte de Madrid y en la Curia Romana.

Sobrevolando estas páginas de síntesis documentada sobre los franciscanos, se recibe muchas veces la sorpresa y el impacto de la originalidad y creatividad, a veces del ensayismo y hasta del afán de aventura permanente. Muchos marcos, pautas y posiciones se desvanecen pronto, faltos de instituciones y tesis corporativas que los quieran mantener en vida. Se observa también un cierto pragmatismo en las soluciones y consignas de acción. Parece preocupar sólo el camino y la meta, como si sólo en el confín estuviera la solución. ¿Imprevisión, anarquía institucional, utopía religiosa? En cualquier caso, creatividad inagotable que pudo escapar del desgaste que suele llevar consigo su fijación y cristalización

en teorías o instituciones. Gómez Canedo ha tenido el buen sentido de evitar en su libro la sistematización rígida de los temas. Ha preferido documentarlos y presentarlos en su desnudez natural, dejando para los lectores eruditos la glosa. Es un buen procedimiento que se agradece, pues ya los documentos hablan y sugieren. Más de un lector verá en este panorama un capítulo de historia misionera relativamente inédito y revelador, en el momento en que tantas cosas se dicen y escriben sobre la América Latina.

La reciente asamblea del CELAM en Puebla, realizada con la presencia pontificia y las palabras y viajes de Juan Pablo II, dan calor de actualidad a estas páginas de Gómez Canedo. Queda en ellas bien patente un testimonio cristiano que, atentamente considerado, se abre en un abanico de expresiones: el carisma misionero en sus formas más aventuradas; la encarnación cristiana en realidades muy variadas y conflictivas, como suelen ser las del mundo colonial; la convivencia y ósmosis de dos mundos sociales, el hispano y el indio, de los que nació el presente mundo hispanoamericano; las tensiones político-eclesias-ticas expresadas con gran viveza, pero siempre dentro de una lealtad institucional y política; la perspectiva a largo plazo de una nueva cristiandad americana... y en fin la soberana originalidad de tantos intentos, formas y estilos de presencia cristiana que no quisieron otra estrategia que la "violencia de la paz". Lo que revela ese testimonio ha calado hondo y pervive en el alma americana, y es detectable en los mismos confusos momentos del presente. Son hechos de ayer y hoy, que se presentan con un haz de interrogantes al intelectual y un sencillo manejo de sugerencias al hombre de acción. El libro del padre Gómez Canedo acerca a los observadores estos hechos, documentándolos sólidamente y evitando de este modo tentadoras y distorsionantes relecturas de la historia.